LIBRO QUINTO.

No bien el hijo de Ayauhcíhuatl daba término á su narracion, la pobre viuda dejaba conocer en sus lágrimas los cuidados que asaltan el corazon de una madre, aun pasados los trabajos y peligros del hijo que ha vuelto sano y salvo de largo viaje. Pero esas lágrimas eran tambien de gozo porque Nezáhual ya era cristiano. Asímismo lloraba Jocotzin y la Princesa de Tacuba á ejemplo suyo, movida no solo de los trabajos del hijo de Ayauhcíhuatl sino de aquel mal que agitaba su propio corazon. Ese tierno desahogo de dolor y consuelo se generalizó entre los circunstantes y en él tomó parte el narrador mismo.

Pero Valencia como enajenado de un gozo celeste:

—"¡Te alabamos oh Dios!—prorumpió diciendo—¡te confesamos por nuestro soberano Señor!

. . . . . .

"La Iglesia santa confiesa tu Majestad por todo el orbe.

. . . . . .

"Rogámoste no abandones á los que rescataste con tu sangre preciosa.

. . . . . .

"¡Salva, Señor, á tu pueblo y dígnate bendecir tu heredad!"

. . . . . .

Mas luego vuelto al hijo de Ayauhcíhuatl:

—"¿Quieres ser bautizado?—dijo con voz solemne—

—"Lo deseo con ánsia, Reverenciado Padre,—contestó Nezáhual.

—"¿Crees de todo corazon en un Dios único, Criador del cielo y de la tierra?"—

"—Creo; y ya no dudo que es el mismo que hemos adorado Nezahualcóyotl y los de su linaje."

—"¿Crees en Jesucristo, hijo de Dios vivo, muerto en la cruz por salvarnos á todos?"

—"Creo; porque la ciencia santa que se nos enseña es venida del Dios invisibe que no engaña."

Los circunstantes sobrecogidos de un religioso temor, se levantaron, quedando en pié delante del apóstol. Y el buen Padre pedia ya el agua para derramar-

la sobre la cabeza del Príncipe; mas acordándose que, no sin solemne ceremonia, el espíritu del nuevo creyente habia de ser regenerado, se contuvo, moderando el deseo de su corazon.

El Misionero debia marchar á Tlaxcala el dia siguiente, á donde Motolinia le rogaba que pasase para tratar asuntos de grave interés. A su vuelta dentro de breves dias, Nezáhual recibiria de sus manos el agua regeneradora, con solemne pompa y á la vista de todos sus hermanos, bien instruido ya en las preces y prácticas que se exigian á los catecúmenos; para esto uno de los otros misioneros que residian en Cholula iba á recibir las recomendaciones de Valencia. Esto quedó concertado.

Las dos familias se separaron en seguida para descansar. Los espíritus estaban harto fatigados con la interesante narracion, y era ya la hora en que las Pléyades descendian al Ocaso y ya detrás de las montañas se hundia el Aries y el triángulo celeste. Papan y Nezáhual se despedian con aparente serenidad, y en silencio fué á recogerse cada uno bajo el techo materno; pero el afecto insano agitaba sus corazones y no llegó el sueño á cerrar sus ojos. Cuando dos tórtolas de las que en Michoacan bajan por la tarde á los arroyos, son heridas por el desapiadado cazador, y sin embargo han podido escapársele hasta ocultarse en el arbusto donde se posan con sus padres y hermanas, suele aquel aguardar la noche para dar con ellas. Ya profana su tea las sombras de los valles, ya las aves deslumbradas por una luz que no es la del cielo huyen aquí y allí con errado giro. Entretanto, aquellas dos, por el dolor de la oculta herida quedan inmóviles en su nido, sin dar otras señales del mal que las hará morir.

Vuelto el dia, y á horas en que el sol ha disipado la niebla, y los rebaños, dejando los rediles, salen á pacer á las dehesas guiados por el pastor, Valencia se despedia de sus néofitos prometiendo volver en breve; y el hijo de Ayauhcíhuatl le seguia, gustando acompañarle hasta dejarlo fuera de la ciudad. Las afectuosas palabras del buen viaje iban en pos del sacerdote de Dios; y de los que le vieron partir, creyeron muchos que Nezáhual se ausentaba con él.

Mas aunque el Príncipe no ofreciera guiar al Misionero sino hasta la salida de la ciudad para Tlaxcala, sin embargo, por el amor y respeto que tanto se granjeaba el bienhechor de los Acólhuis, no quiso dejarle sino despues de muchas horas; y era ninguna su fatiga, porque va el camino en alegre llanura refrescado por las sementeras á uno y otro lado, y, entónces, bajo las sombras de cedros y ahuehuetes que no faltaban en ese ameno valle. No fué sino hasta horas que el sol média su carrera, cuando Nezáhual dejando al Sacerdote se volvió á Cholula, y era ya de noche cuando entró á la ciudad.

Entretanto un funesto presagio hacía temblar el corazon de Papantzin.

Vivia en Cholula un Tlaxcalteca muy conocido de los suyos y de los blancos. Era su nombre Maxtla ó Maxtlaton. Descendiente de una poderosa familia de la famosa república, habia servido en el sitio de Tenochtitlan al frente de un cuerpo de aliados que ayudaron á Cortés á destruir el imperio de Quauhtemótzin, y no se distinguió sino por los excesos á que se entregó con sus tropas en los dias aciagos del asedio. Despedido con ignominia del ejército amigo por órden de Cortés, volvió á Tlaxcala, y allí pasó una vida miserable hasta el dia que presentándose al Oidor Delgadillo, supo insinuarse de tal manera en su ánimo, que logró ser asociado entre sus agentes de rapiña é iniquidad. No por eso el Tlaxcalteca dejaba de aborrecer en su corazon á los conquistadores; pero sabía aprovecharse de su alianza para torpes fines; y si bien recibiera de manos de Motolinia el agua de santificacion, el apóstata no quiso con eso sino congraciarse á los ojos de los blancos. En los dias, pues, de la dominacion de Nuño, se levantó el perversó de su oscuridad, y á favor de los inícuos Oidores se le vió engrandecerse en medio de las calamidades de los suyos: el español Ojeda, primo del Presidente Nuño, era su principal apoyo.

Empero, Maxtlaton ardia en amor por la hija de Atotóchtli, y esa pasion antigua jamas correspondida de la

Princesa, se habia adormecido, porque ningun rival era resuelto á oponerse á un poderoso tlaxcalteca, aliado de los blancos. Mas ese amor se irritó de nuevo con la llegada de Nezahualpílli, el amigo de los nuevos Oidores, el descendiente de los reyes de Acolhuacan, el apuesto jóven recien venido de Castilla, cuyo nombre andaba en boca de todas las cholultecas. Los celos devoraban el corazon del tlaxcalteca desde que la fama le hizo saber nuevas todavía más amargas para su afecto siempre desdeñado. En todo Cholula se decia de Papantzin, que al descubrir al Príncipe por la vez primera se turbó su semblante y que no ménos el del hijo de Ayauhcíhuatl quedó demudado: que la Princesa estaba triste desde esa hóra y que al siguiente dia se la vió llorar en el *teocalli*. Mas de los que asistieron al festin con que Valencia y Nezáhual fueron obsequiados, no habia quien no dijese del amor del Príncipe y de Papan que en ese dia se hizo notorio.

El apóstata no podia sufrir esto, y habia jurado satisfacer á toda costa la pasion insana. Viósele, pues, el dia que Nezáhual se ausentó, pasar por frente á la morada de la Princesa en compañía de algunos blancos, entre ellos Ojeda; y ya de tarde al descubrir á Papantzin que por acaso volvia del *teocalli*, lanzóle una mirada de siniestra significacion, y en su sonrisa dejó ver cierta ferocidad espantosa. Así se observa alguna vez una cuadrilla de lobos durante el dia, bajar del monte y cru

zar por la llanura no léjos del aprisco; así la serpiente que se arrastra vecina al peñasco donde anida la paloma, acecha con ojos chispeantes la presa que ha pensado devorar.

Era el Tlaxcalteca de los que, viendo partir á Nezahual con el Misionero, juzgaron se ausentaba por algunos dias, y no sabía que al anochecer estaba ya de vuelta en su morada.

Mas el Príncipe, no cediendo á la fatiga, despues de departir algun tiempo con los suyos, permaneció en el pórtico testigo ya de muchas horas felices, y allí paseábase dándose á los delirios de su corazon, miéntras que Ayauhcíhuatl y Jocótzin fueron á descansar. El próvido Dios tenia designios en detenerle allí.

Era la hora en que se daban al descanso los de Cholula y demás ciudades de Anáhuac. Solo alguna viuda dentro de su hogar y á la vista de sus hijos entregados al sueño, hilaba silenciosa los copos del ya preparado algodon. El viento estaba mudo, y apénas el ruido de alguna hoja seca desprendida del árbol, ó el rumor nocturno de los insectos que gimen entre el césped, turbaba la quietud á tales horas.

Mas hé aquí, de improviso, un tropel de hombres armados se deja oir creciente á cada paso. El vigilante hijo de Ayauhcíhuatl aplica el oido al desusado estrépito, y á pocos instantes su mirada perspicaz crée descubrir hombres que cruzan el jardin en direccion á las

habitaciones de la hija de Atotóchtli, ocultando unas antorchas.

La sorpresa y mil temores confusos le asaltan y detienen. Pero al que así vacila por un instante, la reflexion luego le alumbra y hace decidirse.

Corre y empuña la macana que yacía en un ángulo de su aposento. Vuela entónces á la morada de Papantzin.

Empero retrocede aún, porque olvidaba noticiar á su madre el peligro inminente; y Ayauhcíhuatl pronto se incorpora, pues aunque recogida en su lecho, velaba no dormia; y así sin más, parte Nezahualpilli adonde le reclaman la piedad y el amor.

En tanto ya los foragidos profanaban el hogar sagrado, y las ahogadas voces de Papan y de Atotóchtli demandaban pronto socorro. Ya uno de los satélites de Ojeda y camarada de Maxtlaton, habia penetrado en el aposento de la Princesa; y ella aterrorizada forcejaba en vano por desasirse del cobarde que casi arrastrando la arrancó de su virgíneo lecho.

Pero el hijo de Ayauhcíhuatl pronto aparece en el umbral, y, como cae el águila sobre la serpiente que se atrevió á invadir el noble nido de esa reina de los aires, así Nezáhual no pudiendo sufrir la innoble osadía de aquel blanco, levanta en alto su macana y le hiere de muerte, sin que al cobarde le valiera blandir el agudo puñal; dando de lleno en la frente del bandido, este

cae espirante sobre su rostro bañado en sangre, y un espantable rugido hace estremecer aquellos muros.

No bien esa voz hiere los oidos de los salteadores, acuden con presura, y penetrando por la indefensa entrada del aposento, se precipitan sobre el hijo de Ayauhcíhuatl que en pié los aguarda con su macana en actitud de dar el golpe, dejando á sus espaldas á la princesa; y quedan ambos, ella gimiendo aterrorizada y las manos levantadas al cielo á quien invoca, y Nezáhual dispuesto á perecer en desesperado combate, bien así como el mastin que guarda los rebaños del árabe contra las fieras del desierto.

Maxtla y Ojeda y los que le siguen se arrojan sobre el que así los espera: el primero tira de muerte al pecho del rival odiado, y éste, feliz en evitar ese golpe, no alcanza á dar el suyo, porque al encuentro de la macana va el ágil acero del blanco, y el arma de Nezáhual queda rota.

Entónces Maxtlaton tira de nuevo, y hundiendo el vil puñal debajo el pecho del valiente, éste vacilando cae á los piés de sus asesinos.

Mas hé aquí ya las voces y el estrépito de gente armada se dejaban oir, penetrando por la puerta que daba á las calles, y que Ayauhcíhuatl sin tardanza llamó en auxilio de los suyos; y los salteadores sobrecogidos de miedo, abandonan la presa, precipitándose por una ventana que daba á los jardines.

Un momento despues aparecieron en el teatro de aquel triste conflicto soldados castellanos y muchos cholultecas, y con ellos Atotóchtli, Ayauhcíhuatl y Jocótzin.

La madre de Nezahual al ver á su hijo tendido en el pavimento y bañado en sangre, arrojando un grito cayó á los piés de los concurrentes, y en vano Jocótzin para volverla del desmayo la estrechaba en sus brazos y la bañaba con sus lágrimas llamándola con ahogada voz. Mas Atotóchtli como si la razon le abandonase guardaba en su regazo á la desfallecida Papan, cuál si la creyese todavía expuesta á la audacia de los salteadores; y ni se diera cuenta de que Papan estaba sin sentido, ni de que Nezáhual su libertador yacía moribundo bañado en sangre.

Mas el gefe de los guerreros castellanos ordenó se presentasen breve, aquellos hombres que saben acudir á la salvacion de la vida con el arte y la experiencia. Estos encontraron que el blanco de quien libró Nezáhual á la hija de Atotóchtli, estaba yerto; pero que el hijo de Ayauhcihuatl aun vivia: los latidos de su corazon se dejaban sentir, y contenida la sangre, habia esperanza de salvarlo. Muchas matronas por su parte ministraron específicos á las dos madres y á Papan para volverlas de su desmayo.

Tezozomoc presentóse, por último, libre despues de mucho de las ligaduras con que los salteadores le ataron

manos y piés; solo en su aposento donde aquellos le sorprendieron mientras dormia, allí quedó hasta tanto que hubo quien desatase sus prisiones.

Retirados ya los soldados con el cadáver de su compatriota, algunos vecinos piadosos y los amigos de ambas familias se entregaron á impartirles sus cuidados y consuelos.

No fué sino hasta el amanecer cuando Papantzin hubo de recobrar el conocimiento, y entónces dando muestras de querer con ánsia hacer una pregunta, no pudo resolverse; mas observando el semblante de los que la rodeaban, comprendió que el hijo de Ayauhcíhuatl no habia muerto aun. Sostenida, pues, por sus amigas, se presentó en el aposento inmediato que era el de Atotóchtli, donde Nezahualpílli recibia los mas exquisitos cuidados de parte de las dos madres y de Jocótzin. Al descubrirlo se conmovieron sus entrañas, su rostro palideció y alzando al cielo con ternura indecible sus ojos anublados por el llanto, hizo estremecer de lástima el corazon de los circunstantes. Ella, empero, sin atreverse á mirar al moribundo, fué á sentarse á un *ícpalli* en un ángulo del aposento, y allí llorando á veces ó en fúnebre silencio, aguardó el instante que decidiese la muerte ó la vida de su libertador.

Así pasaron siete dias y la hora crítica llegaba para Nezahualpílli. El ardor febril consumia su sangre no bien el mal de la herida hubo cedido. Los cuidados de

ambas familias y de sus deudos y amigos se habian multiplicado entónces, y matronas y sabios conocedores de los males y de su remedio, fueron llamados para que el hijo de Ayauhcíhuatl no pereciese. Pero el sétimo dia la alarma cundió entre los circunstantes, y la madre y la amante se apartaron del moribundo porque les faltaron fuerzas para presenciar el término funesto; y era el dolor de todos ver cómo el Príncipe moriria sin que el agua de la regeneracion se le ministrara.

Entónces fué cuando Papan con la madre de Nezahualpílli, cayendo de hinojos delante de una efigie de María, presente que en otros dias les hiciera Valencia, demandaron el socorro del cielo; y en esa hora, decian todos, despertó el moribundo de su letargo pronunciando los nombres de su amada y de su madre. Quizá plugo al Altísimo que el hijo de Ayauhcíhuatl no muriera entónces, para que más tarde se cumpliese su destino. Algunos dias despues el mal desapareció.

En breve Papantzin pudo ya mostrarse al hijo de Ayauhcíhuatl, y el amoroso afecto acabó de inflamarse en el corazon de ambos.

Pero díme ¡O Musa de los santos amores! la que consagras los inocentes fastos de los afectos puros en que los celestiales se gozan, que has consignado en inmortales páginas los recuerdos de Ruth y de Booz, de Abigail la prudente y David el ungido, de Salomon el espléndido y la esposa de los Cantares: ¿cuáles fueron, dí

me, las primeras palabras con que Papan y el hijo de Ayauhcíhuatl se declararon el amor de su alma?

Una mañana de esos dias, las dos madres y Jocótzin estaban en el *teocalli* asistiendo al sacrificio de los cristianos. Tezozomoc nomás quedaba con Papan en la estancia del convaleciente; pero llegado á la sazon un noble Cholulteca que visitaba al noble hermano de Ayauhcíhuatl, los dos amantes se vieron solos.

Un intervalo de elocuente silencio hizo latir el corazon de ambos. Era la vez primera que se hallaban sin testigos.

La princesa en extremo ruborizada, sola y en pié delante de su amado, parecia un ángel. Mas contemplando el pudor de sus mejillas y el recato de sus ojos, que ella tenia abatidos temerosa de que fuesen á irradiar un fuego excesivo de amor, reconocíase que aquella criatura era una mujer, estirpe admirable que han envidiado los arcángeles.

Nezáhual rompió el silencio:

—"Papantzin...."—la dijo con voz conmovida.

—"Señor mio ¿qué mandas á tu esclava?"—contestó la Princesa, con un acento dulce pero débil de vergüenza.

—"Esclavo tuyo soy, Princesa delicada, más dulce que la luz de los cielos! ¿Qué te diré de tanto que mi corazon encierra? ¿Dónde hallaré un tesoro semejante á tí?

más amable que todas las *cihuapillis* (1) de Castilla, imágen de tu madre, sartal de piedras muy preciosas, chalchihuites y zafiros, limpia perla de las grandes aguas."

—"No digas, mi Señor, esas palabras que llegan al alma como gotas de rocío. ¿Para qué derramas tus riquezas en este polvo?"

—"Noble niña y dueño mio, las tuyas son como un dardo muy agudo que hiere y hace morir. A mis oidos llegan como una música muy acorde. Papantzin, hija de Atotóchtli noble reina y Señora, ¿amas tú á Nezáhual el hijo de Ayauhcíhuatl?"

La Princesa se estremeció al recordar los antiguos consejos de su madre.

—"La tierra ama al Sol que le dá vida, las tinieblas aman la luz que nos alumbra, los áridos campos la lluvia que les regala el cielo"—contestó, no obstante, con entrañable ternura.

—"¿Querrás ir conmigo á morar en la casa de Ayauhcihuátzin, (2) y ser su hija muy querida, y que Nezáhual sea el hijo de Atotótzin?"

—"Señor mio, yo seré siempre tu esclava, y si mi madre quiere que sea tambien....."

(1) Nobles señoras.
(2) La terminacion "tzin" expresa respeto.